

—Sí, señor, mi general.

Se puso el abrigo, cogió el sombrero y salió á la calle.

La noticia del crimen había circulado ya.

Las gentes estaban á las puertas de las casas.

Hablaban con animación del suceso.

Cada uno emitía su parecer.

El general pudo oír algunas frases á su paso.

—¡Historia de mujeres!

—¡Qué de orgías, querido, ha habido ahí dentro!

Una vieja portera decía:

—¡Eso era una verdadera torre de Nestlé!
¡Lo que ha ocurrido era de esperar!

Otros más compasivos decían:

—¡Pobre joven! ¡Y tan rico! ¡Se divertiría; pero era generoso como un rey! ¡Daba mucho!

El general no se paraba; tenía prisa por llegar á la calle de San Andrés.

Tomó un coche, y se hizo conducir allí.

Al pararse á la puerta de la casa de Aurora, la primera persona á quien vió fué á la portera de los Grünbach.

La Raposa estaba barriendo el portal.

—¿La señorita Milton?—preguntó el general.

—Tercero, en el pasillo, segunda puerta á la izquierda. Una buena joven que no es feliz. Si es para proporcionarla una colocación la haremos un gran favor, porque ella no la puede encontrar.

La Raposa quería á Aurora.

La joven la había conquistado como á todos los que la rodeaban.

Y además, el aspecto militar de Santiago Fugeret, su bigote gris y su roseta, producían efecto sobre la antigua griseta, que había tenido en todos los tiempos una verdadera afición á los pantalones encarnados.

El general subió con la agilidad de un joven la escalera, y pronto se encontró en el ancho pasillo que le había indicado la portera.

El corazón le latía con violencia.

Llamó en la segunda puerta, que se abrió en seguida.

Elena apareció en ella muy pálida, con el pecho oprimido por la angustia.

—¡Tú, por fin!—dijo.

Había creído que era Aurora.

Cuando sus ojos se acostumbraron á la oscuridad del pasillo mal alumbrado y vió al general, se estremeció balbuciendo:

—¡Dispensadme, caballero! Creí que era mi amiga quien venía... ¡Estamos en una mortal inquietud!

—¿Habeis recibido una tarjeta?

—Sí, pero...

—Soy yo quien os la envié.

—¿Sois el general Fugeret?

—En efecto.

—¿Y Aurora?

—¡Tranquilizaos! Está en seguridad. ¿Podéis concederme una entrevista?

—Con mucho gusto... Hacedme el favor de pasar. Dispensadme... ¡Estoy turbada!

Mónica estaba á pocos pasos detrás, con los ojos llenos de ansiedad.

Elena la tranquilizó diciendo:

—¡No temáis nada, dejadnos!

La enferma apenas podía tenerse en pie.

Estaba lívida.

—¿Sufrís?—preguntó el general.

—¡Mucho, caballero! Ha sido preciso toda la inquietud que me atormenta para darme el valor necesario y poder levantarme; pero no puedo más.

—¿Sois la amiga de Aurora Milton?

—¡La quiero con toda mi alma y siento por ella una gratitud sin límites!

—Creed que si yo os pregunto es únicamente con el propósito de seros útil, tanto como pueda.

—¿Donde está? decídmelo; os lo suplico.

—En mi casa, en la calle Vanneau.

—¿Desde cuándo?

—Desde anoche, á cosa de las once.

—¿Ella no os conocía, sin embargo?

—Es verdad.

—Jamás la he oido pronunciar vuestro nombre.

—¿Como lo hubiéra hecho?... No debia ni conocerlo.

—En todo esto hay un enigma que ardo en deseos de conocer la explicación. Desde su partida, no vivo. Sed claro; os lo suplico.

—Voy á serlo; pero primero promettedme contestar á mis preguntas con entera franqueza. ¿Decís que profesáis una gran amistad á la señorita Milton?

—Más que si fuera hermana mia.

—Pues bien; de nuestra entrevista y de lo que me digáis, depende su porvenir, el de otras personas y tambien el mio.

—¿El vuestro, general?

—Sí. Yo os juro guardar el más profundo secreto sobre lo que me reveléis y no proceder

sino en provecho de vuestra amiga; pero necesito saberlo todo.

—Hablad y yo os contestaré.

—Primero, ¿qué iba á hacer la señorita Milton á casa del marqués de Caylus?

—Voy á deciroslo. Desde hace cerca de un año que llegó á Paris conmigo y la vieja criada que habéis visto hace un momento, trató de encontrar una colocacion; en una palabra, colocarse para ganar el dinero de que tenemos necesidad. Ella era la única que estaba en condiciones de poder trabajar....

—¿Y vos?

Elena bajó la cabeza.

—Hablad sin temor.

—Yo—murmuró la enferma — cometí una falta que pesará eternamente sobre mi vida, Me llamo Elena de Solmes. Cuando salí del colegio en que había sido educada con Aurora, había muerto mi madre; estábamos arruinados. Esta ruina había agriado el carácter de mi pobre padre. Habitábamos una casa aislada y solitaria en las montañas de Puy-de-Dome. Tuve la desgracia de dejarme seducir por las promesas de un vecino, hoy juez del tribunal del Sena.

—¿Se llama?

—Mauricio Danglas.

—Continuad.

—Después de mi locura, faltó á su palabra y se casó con otra. El era rico, yo era pobre.

—¡Ya!...

—Murió mi padre... Yo estaba deshonrada... Mi debilidad ha tenido consecuencias, que vine á ocultar á Paris... Aurora se ha sacrificado por nosotras, ha mostrado un valor sobre-

humano. No pudiendo encontrar colocación, ha trabajado encarnizadamente. Pero una mujer gana poco, y los recursos de que disponemos se han agotado. Ultimamente vendía periódicos, por una vecina que tiene un establecimiento en el boulevard de San Germán, y que por la enfermedad primero y la muerte después de su hija, no ha podido atenderle. Allí ha sido donde la ha vuelto á encontrar el señor de Caylus.

—¿Decís que «la ha vuelto á encontrar?»
¿Luego la conocía?

—El señor de Caylus la había visto varias veces en el castillo de Auvignac, situado en el Puy-de-Dome, como la Sauvetière, la última de nuestras posesiones, en la que yo habitaba con mi padre.

—¿En el castillo de Auvignac, decís?

—Es una de las posesiones de los Caylus, que son inmensamente ricos; vos lo sabéis, sin duda.

—En efecto.

—Allí los dos hermanos Caylus se habían fijado en Aurora, como sucede en todas partes por donde pasa. ¡Es tan hermosa!... Los dos estaban enamorados de ella; pero es una joven honrada y no quería vivir más que de su trabajo... Ha sido preciso que la profunda miseria con que luchamos, y que se agrava de día en día, la impulse al sacrificio para que haya tenido la tentación de escuchar al señor de Caylus.

El general se mordió los labios.

—¿De modo—dijo—que era á una cita á la que iba anoche á las diez?

Sí y no, general. He aquí lo que ha pa-

sado: el señor de Caylus, en efecto, había obtenido de ella, á su vuelta de Niza, ayer mismo, una promesa; Aurora me lo confesó anoche; estaba desesperada por nuestra pobreza, inquieta por el porvenir, más por mí, que no puedo trabajar, y por Mónica, que es vieja é incapaz de ganarse la vida, que por sí misma. Vos no sabéis hasta qué punto es valiente; tal vez por abnegación hubiera cedido á las instancias del señor de Caylus. En cuanto á mí que la conozco, estoy convencida de que en el último momento hubiera preferido el honor á todo, aun al amor, porque yo creo que en el fondo ama al marqués. La supliqué que resistiera todavía á esa tentación, que despreciara sus ofertas y que sufriera todo antes de deshonrarse. Me lo prometió; pero el señor de Caylus la esperaba. El se había mostrado lleno de delicadezas y de atenciones para con ella. Aurora no quería faltar á tantas atenciones; era preciso advertirle, y á la hora que era no quedaba más medio que ir ella misma. Esto era sin duda un peligro; pero los pobres se ven obligados á afrontar otros muchos. He aquí por qué fué á la calle Vanneau.

—¿Es esa la verdad?

—¡Os lo juro! Durante su ausencia he tenido momentos de angustia. Por fin recibí vuestra carta, que me tranquilizó algo. ¿Qué ha pasado?

—Un suceso trágico.

—¿Está herida?

—No. Cuando llegó á casa del marqués, el desgraciado joven estaba muerto.

—¿Es posible?

—Asesinado sin duda.

—¿Por quién?

—No se conoce el asesino. Vuestra amiga, alocada, sin saber lo que la sucedía, fué á llamar á mi puerta en demanda de auxilio. Tal vez haya sido la mano de Dios quien la condujo. Cayó desfallecida; estaba más muerta que viva; ahora está en seguridad, en mi casa. Ya veis que no tenéis razón para temer nada. Habéis hablado de un cierto castillo de Auvergnac... ¿Dónde es eso?

—En Auvernia, á poca distancia de Vichy.

—¿Es allí donde se ha criado, decís?

—Sí.

—¿Cómo fué á parar allí?

—Lo ignoro.

—Sin embargo...

—Su origen es misterioso.

—¡Ah!

—Nadie sabe dónde ha nacido. El hombre que estaba encargado de velar por ella, el que debía pagar lo que costase su educación, es un ser sin honor y sin lealtad.

—¿Se llama?

—Pilet-Desbuttes.

—¿Qué es?

—Notario en Vichy.

—Esperad, os lo ruego.

El general sacó de uno de los bolsillos de su levita un *carnet*, en el que escribió: «Pilet-Desbuttes, notario en Vichy.»

—¿Qué más?

—Ese notario pasa por un hombre íntegro... Es un miserable. Mi pobre padre administró mal su fortuna, pero era un hombre honrado, incapaz de cometer una falta de delicadeza ó de mentir... Ese notario le robó indignamente.

—¡Ah!

—Le hizo firmar un recibo de treinta mil francos que no había entregado. Esa cantidad no era considerable, pero era todo lo que nos quedaba.

—¿Por qué no se los habeis reclamado?

—Yo no entiendo de negocios; pero las actas estaban en contra nuestra, se hubiera dicho que pedíamos lo que no se nos debía. El señor Pilet es diestro é hipócrita, es rico. El mundo y la justicia se hubieran puesto de su parte.

El general reflexionó un instante y dijo:

—Tal vez. Volvamos á vuestra amiga.

—Se dice, y es ese mismo notario el que se lo ha dicho á Aurora, que dos mujeres, extrañas al país, llegaron una noche á una hora avanzada.

—¿Dos mujeres, decís?

—Sí, de una cierta edad. La una debía ser la señora, la otra la doncella. La señora fué á ver á Pilet. Le explicó que tenía que ocultar una criatura, fruto de una falta; que era un encargo que la había dado una amiga; que le rogaba se encargase de aquella misión de confianza.

—¿Y aceptó?

—Naturalmente.

—¿Entonces?

—Aquella señora á quien él no ha vuelto á ver, y cuyo nombre pretende ignorar, debió entregarle una suma destinada á la criatura... El fué quien encargó á los jardineros del castillo de Aubignac el cuidado de Aurora.

—¿Los jardineros de Aubignac, decís?

—Sí.

—¿Cómo se llaman?

—Chavarux.

—Bien.

El general tuvo un movimiento de sorpresa.

¿No era aquel nombre el del hombre que había ido una noche al hotel Saint-Aubin, y cuya tarjeta había visto él en el salón; el del joven que había pronunciado al salir con el barón el nombre de la señorita de Arvil?

Le inscribió en su cartera y preguntó:

—¿Siguen esos jardineros en el castillo de Aubignac?

—Creo que sí. El hijo quería casarse con Aurora.

—¿En qué se ocupaba?

—Era pasante en casa del señor Pilet Desbuttes.

—¿Ella rehusó?

—Sin vacilar. Entonces fué cuando el notario, que siempre había tratado á Aurora con dulzura, se negó á seguir ayudándola. Mi padre había muerto... Eramos pobres la una y la otra... Nos vinimos á Paris, vos sabéis con qué objeto. Sobrevino la enfermedad... Aurora hubiera tenido más suerte sin mí, en eso no hay duda... No ha querido abandonarme... Mi falta nos ha perdido á las dos.

Elena se cubrió el rostro con las manos.

El general repasaba en su imaginación todos aquellos detalles que se encadenaban con la lógica de las cosas de la vida, y le colmaban de alegría.

Elena continuó:

—Habeis querido conocer mi historia, caballero. Ya la sabéis. Es triste.

Jaime Fugeret estaba trasfigurado.

Apenas si se acordaba del drama que había pasado á dos pasos de él.

No tenía en su cabeza más que una sola idea.

—¡La he encontrado! ¡Es ella!

Se levantó y poniendo sobre una mesita, delante de la enferma, un billete de quinientos francos, la dijo:

—Acabáis de prestarme un verdadero servicio inestimable. Hacedme el favor de tratarme como amigo, y no rehuséis la ayuda que yo quiero prestaros á mi vez...

—Pero...

—Si he de creer lo que una voz secreta me dice, vuestros malos días tocan á su fin. ¡Espero que nos volveremos á ver! Tened esperanza como yo la tengo y hasta muy pronto...

La envolvió en una mirada llena de dulzura y de amistad, y salió.

Montó en el coche y ordenó al cochero:

—Avenida de Mesina.

Brígida fué quien abrió.

—¿Tú señora?—preguntó el general.

—Aquí está.

—¿Sola?

—Sola.

—Dila que necesito verla, que deseo hablarla al instante. Ve.

Parecía metamorfoseado. Su timidez había desaparecido. Se expresaba con tanta seguridad, que la pobre mujer no vaciló.

Volvió casi en seguida, y dijo:

—La señorita te espera.

Magdalena estaba en el saloncito donde había recibido al general pocos días antes.

Jaime entró, quedó en pie delante de ella, y comenzó diciendo:

—No tengo más que unas cuantas palabras que deciros, algunos informes que pediros.

—Hablad.

—Si mis recuerdos son precisos, ¿fué en la villa Milton donde vivisteis?

—En efecto.

—¿Cerca de Lugano?

—Sí.

—Dispensadme que avive recuerdos tan dolorosos. ¿Fué en el accidente de Bellegarde donde murió vuestra madre?

—Es verdad.

—¿No estaba sola? ¿La acompañaba una doncella?

—Sí, una persona de una abnegación admirable: Marcela Rivet.

—¿Percieron las dos?

—Desgraciadamente.

—¿Qué suma llevaría consigo vuestra madre?

—Unos doscientos mil francos.

—¿Cuánto encontraron?

—Veinticinco ó treinta mil.

—Ella había debido dar entonces lo menos ciento cincuenta mil para asegurar el porvenir...

—¿De mi hija?

—Sí—dijo el general con voz ahogada.

—Eso es lo que nosotros hemos supuesto.

—¿Esa criatura no fué inscrita en la alcaldía de Lugano?

—Ni en ninguna otra.

—¿No habéis sabido que nombre la dieron?

—Jamás.

Fugeret se inclinó profundamente. Parecía presa de una extraordinaria emoción.

Las lágrimas asomaban á sus ojos.

Magdalena vió una que, rodando por una de sus mejillas, cayó sobre la alfombra.

El general se volvió hacia la puerta y se dispuso á salir.

Magdalena puso una de sus manos en el brazo de Santiago.

—¿Llorais general?—dijo con bondad.

—Sí.

—¿Por qué?

—Yo mismo no lo sé. Todo lo que puedo deciros es una sola palabra.

—¿Cuál?

—Tened esperanza.

La cogió la mano, que seguía apoyada en su brazo, la llevó á los labios y salió precipitadamente.

Ya en la calle se decía:

—¡Lágrimas! ¡Las hay de alegría lo mismo que de dolor! ¡Quiera Dios que las mias sean siempre tan dulces como en este momento!

Llegó á la calle Vanneau. Una gran agitación reinaba en las inmediaciones de la casa del marqués de Caylus.

Los curiosos se apiñaban delante de la puerta del jardín.

A lo largo de la pared del jardín había una larga fila de coches.

El general atravesó aquella multitud sin concederla ninguna atención.

¿Qué le importaba el resto del mundo?

Pensaba en Magdalena; pensaba en la blanca mano que había llevado á sus labios, sin que ella se resistiera; pensaba sobre todo en aquella Aurora Milton que el azar había conducido á su casa, y su corazón latía con más vio-

lencia al pensar en la felicidad que daría á la madre y á la hija.

Pensaba también en la recompensa que le esperaba, en el perdón que sería el coronamiento de sus trabajos.

Se decía temblando de alegría:

—¡Quién sabe!

Pero necesitaba una certeza y no una esperanza.

Entró en su casa y encontró á su asistente en facción delante de la puerta de su joven prisionera.

—Prepara mi maleta en seguida—le dijo.

—¿Va á partir mi general?

—Por uno ó dos días.

—¿Y?...

El bretón indicaba la habitación donde estaba Aurora.

—Tú quedarás aquí. Te prohibo separarte un momento de la casa... Servirás á esa joven con respeto. La portera te ayudará. No la dejarás carecer de nada; pero que nadie salga.

—Está bien, mi general.

—¡Vete!

La disciplina militar es una cosa admirable. El bretón no pensaba en nada más que en grabar en su imaginación la consigna.

El general llamó á la puerta del cuarto de Aurora.

La joven estaba ya vestida y dispuesta á salir.

El general la puso al corriente en pocas palabras de lo que habia hecho y de sus intenciones.

Venía de la calle de San Andrés de las Artes. Habia tranquilizado á su amiga Elena, y

además no la faltaría nada; pero se veía obligado á retenerla uno ó dos días, tiempo que tardaría en regresar de un viajecito que iba á emprender. Era por causa de ella.

Todo lo que la pedía no era más que un poco de paciencia.

Terminó su explicación con esta palabra, que habia pronunciado ya en la avenida de Messina:

—Tened esperanza.

Le daban locos deseos de extender sus brazos y estrecharla contra su pecho.

Era su hija.

Ya no cabía duda alguna.

Pero resistió á aquella formidable tentación.

José María terminó sus preparativos en un santiamén.

Habia metido en una pequeña maleta alguna ropa blanca y algunos objetos de aseo.

—Está preparado—dijo.—He metido también el revólver.

El general le repitió las órdenes con una mirada.

El asistente hizo un movimiento de cabeza que indicaba que habia comprendido.

El general salió; montó en el coche, y cuando el asistente hubo colocado en él la maleta, dijo al cochero:

—¡A la estación de Lyon!